

## AL REDENTOR

¡Gracias, Señor! Las emociones santas  
Del perdón me han llenado de consuelo;  
Ya puedo ambicionar la luz del cielo,  
Ya quisiera morir ante tus plantas.

Puedes venir ¡oh muerte! No me espantas  
Con tu beso glacial, ni con tu vuelo  
Que se lleva los sueños y el anhelo  
Y enmudece la voz en las gargantas.

Sólo un temor abrigo. No a la suerte  
Ni al dolor, en verdad, le tengo espanto.  
¡Desprecio los horrores de la muerte!

Soy para padecer robusto y fuerte;  
Mas ¡ah, Señor! al derramar mi llanto  
Es mi único temor el de perderte.

FRANCISCO ANTONIO FORERO

## UN LIBRO DE VIAJES

(*Del Avila al Monserrate*, por PEDRO A. PEÑA—Bogotá—Arboleda y Valencia—1913).

## PRÓLOGO

Este libro es obra de un hombre de acción y de negocios, formado en la lucha con la vida y que no ha sentado oficialmente plaza entre los literatos colombianos. Para muchas personas, la lectura de los capítulos que publicó *El Nuevo Tiempo* fue una revelación, pues ignoraban que el antiguo Subsecretario de Obras Públicas y conocido agente comercial tuviese una pluma bastante ejercitada y diestra para escribir páginas que enriquecen la literatura nacional. Claro está que el doctor Peña no hace ahora sus primeros ensayos; sin duda él, como todos los colombianos que manejan una pluma, ha prestado su contingente a la prensa política, palenque don-

de se ensayan todos los talentos; pero una cosa es escribir artículos de más o menos importancia, y otra hacer un libro. Tarea es ésta que no está al alcance de todos, especialmente cuando se trata, como en el caso presente, de un libro serio, destinado a ocupar puesto importante en un departamento no muy rico de la literatura nacional.

¡Un libro de viajes por el Magdalena! Podría creerse, a primera vista, que el tema es poco original y que ofrece escasos aspectos interesantes a lectores que en su mayor parte han recorrido personalmente ese itinerario, han contemplado con sus propios ojos los panoramas que nos describe el viajero escritor. Pero bien sabido es que hay varias maneras de viajar: unos lo hacen como seres inertes, en cuyos ojos sin vida se reflejan los objetos sin dejar huella; otros aprecian confusamente el conjunto, pero son incapaces de fijarse en los detalles ni de dar a cada objeto, a cada sitio, su especial significación; otros, en cambio, se contraen a anotar menudencias, datos triviales e incoloros, y no alcanzan a percibir la hermosura de un cuadro de grandes dimensiones. Pocos son los que saben ver e individualizar los objetos, los que expresan emociones propias, y no las que han recibido al través de libros o narraciones de otras personas. Cuando existen opiniones tradicionales, autorizadas por el tiempo y por la repetición, siquiera sea mecánica, que de ellas se hace de generación en generación, es cómodo reproducirlas una vez más sin someterlas a examen, sin haberlas hecho pasar previamente por el crisol de la propia experiencia. No procede así el que está dotado de verdadero talento de observación; ese cuenta lo que ha visto y dice lo que siente. De ahí la eterna fecundidad de ciertos grandes espectáculos de la naturaleza y del arte; de ciertas magnas creaciones de la actividad del hombre; cada viajero, cada narrador, cada artista, si merecen el nombre de tales, descubren un nuevo punto de vista desde el cual el objeto presenta una faz no

advertida ni observada; nos transmiten una emoción fresca y original. Entre nosotros, el Tequendama, el Magdalena, han sido temas muchas veces tratados por poetas y escritores, y no han perdido su novedad ni su interés; ahí están convidando con sus admirables atractivos al pintor, al poeta, al hombre de ciencia, al pensador, que de la contemplación de un espectáculo sublime se eleva a trascendentales consideraciones sobre las causas supremas, sobre la ley que rige el universo.

La narración del doctor Peña obedece a un plan lógico y sencillo, que está desarrollado con mucho arte; y ha sido hecho en un estilo elegante, fácil y expresivo que se va acomodando a los varios asuntos; y es ya grave, ya ligero, nunca oscuro ni enfadoso. Como la sola descripción del río, dilatada por todo el libro, habría sido monótona por la repetición de iguales o parecidos espectáculos, el autor ha sabido traer a cuento episodios e incidentes que amenizan la relación y mantienen el interés hasta la última página. El doctor Peña se revela en este libro como un notable escritor.

No ha pretendido el autor descubrir el Magdalena a los lectores colombianos. Y sin embargo, ¡cuántos datos y observaciones contiene este libro, que constituyen una sorpresa aun para los que hemos hecho esa misma travesía! Respecto de la parte estética del espectáculo, el autor comparte el entusiasmo de anteriores viajeros, y no estaría lejos, probablemente, de hacer suyo el elogio del doctor Federico C. Aguilar, infatigable escritor y autor de libros de viajes, cuando dice: "Yo he visto ríos caudalosos como el Cauca, Mocará, Lempa y Guayaquil; he visto ríos célebres como el Tíber, el Támesis y el Sena; he visto ríos encantadores como el Hudson, el Rhin, el Po y el Ródano, pero no he visto ninguno tan majestuoso por el caudal de sus aguas y la extensión y amplitud de su cauce y la pomposa corona de sus selvas; ninguno tan imponente por sus atronadoras tormentas o por su misteriosa soledad como

el monarca de los ríos colombianos." Pero el doctor Peña es apasionado del Magdalena no sólo por la belleza de sus paisajes, sino por la importancia comercial de esa magnífica vía fluvial, la más valiosa que tiene el país. Muchos dudan del porvenir del Magdalena por las dificultades que ofrece su navegación: el doctor Peña demuestra que esas dificultades no son insuperables; que algunas no existen sino en la imaginación malhumorada de viajeros displicentes, y que con la ejecución de algunas obras el Magdalena puede llegar a ser lugar de recreo para viajeros amantes de paisajes exóticos y para habitantes de la zona templada que busquen refugio en los trópicos contra la inclemencia invernal. Entre esas obras, el autor preconiza como la más importante la apertura de las Bocas de Ceniza, porque no solamente hará de Barranquilla una ciudad de primer orden, sino que influirá de manera inmediata y decisiva en todo el interior de la república. El olvido en que se ha dejado problema tan trascendental para la suerte del país, habla poco favorablemente de nuestro espíritu de iniciativa y de nuestro sentido práctico. El Congreso de este año ha proveído a la ejecución de esta obra, magna por su importancia más que por el capital que requiere. Ojalá se cumplan en breve los patrióticos propósitos del Cuerpo Legislativo y del Gobierno Nacional.

También hacemos votos por que se remueva un grave obstáculo que aún subsiste para llegar cómodamente a la capital de la república. Estamos de acuerdo con el doctor Peña en que la navegación del bajo Magdalena, hecha en buques como el *Caldas* y el *Medellín*, es un paseo agradable y civilizado, si se compara con lo que era la travesía en época no muy remota, por ejemplo, cuando el doctor Aguilar escribió el entusiasta párrafo que hemos transcrito. Compartimos la admiración del doctor Peña por el ferrocarril de Girardot, obra grandiosa en su género, no bastante elogiada en Colombia, ni suficientemente conocida en el Exterior,

Reconocemos que hoy se hace, de manera cómoda y grata, un trayecto que antes constituía la desesperación de los infelices viajeros, no acostumbrados a cruzar por entre inaccesibles breñas; pero tenemos que confesar, como lo hace también el doctor Peña, que aún queda un triste recuerdo de los tiempos bárbaros, y es la navegación del alto Magdalena. El muy inteligente y distinguido Ministro de Francia en Bogotá, Vizconde de Fontenay, modelo de caballeros y de diplomáticos, decía, no hace mucho tiempo, que Bogotá había sido hasta ahora para los europeos una especie de *Belle au bois dormante*, y que apenas empezaba a romperse el velo misterioso que la tenía oculta. Pero desgraciadamente, añadiremos nosotros, aún existe el dragón que custodia la entrada de la mansión de la encantada princesa, y ese monstruo se apodera del incauto viandante en la estación de Beltrán y no lo suelta sino en Girardot, después de haberlo hecho pasar largas y desesperantes horas de calor asfixiante y de semisalvaje inclemencia. Ese obstáculo debe desaparecer cuanto antes, porque compromete gravemente el porvenir de la capital y de los departamentos del interior, y porque es una mengua para un país que va alcanzando un grado importante de desarrollo y de progreso. Aquello es un recuerdo de épocas de ensayos difíciles, de penuria fiscal, de constantes disturbios civiles que hacían precaria e intermitente toda empresa de aliento. Hoy es tanto más urgente la obra, cuanto más llana se presenta su realización, que parece indicada por la naturaleza misma; de tal manera que en este caso querer es poder.

El libro del doctor Peña es optimista, y así lo declara con complacencia el propio autor. Es él de los que creen que ha empezado un nuevo ciclo en la historia de Colombia; y que, quiéranlo o nó ciertos hombres o grupos, el país ha entrado por sí mismo en un amplio camino de orden, de progreso, de enriquecimiento por medio de la paz y del trabajo, de apaciguamiento de los odios políticos, de descrédito de preocupaciones

atávicas y del espíritu bélico, engendrador de minúsculas glorias locales y de inmensos desastres para la nación. Participamos de esa misma confianza en la sensatez del país, en las energías del pueblo colombiano. Las pasadas catástrofes nos acoquinaron de tal manera, que muchos compatriotas perdieron toda fe en el porvenir de Colombia, desconfiaron de sus fuerzas y se entregaron al más negro y delirante pesimismo, hasta el punto de no creer que aquí pudiera haber nada bueno, nada que indicara adelanto, bienestar ni progreso. Contra esta tendencia desconsoladora, propia de temperamentos nihilistas, reaccionan espíritus prácticos y sanos, como el del doctor Peña, quien, sin entregarse jamás a una tonta patriotería, demuestra cuánto gana el país cuando se le contempla con ojos imparciales, después de haber recorrido otras repúblicas americanas. ¡Ah!, ni en los más negros períodos de nuestras guerras civiles llegó Colombia al grado de desorden, de autoritarismo tiránico, de desprecio por los derechos y la dignidad de los ciudadanos, en que habitualmente viven otras repúblicas hermanas. En las épocas normales Colombia se ha exhibido como un país eminentemente civilista, y en los últimos años ha dado pruebas eximias de su amor al orden y a la legalidad; todos los partidos han tenido representación en el Gobierno, en el Cuerpo Legislativo y en la Magistratura; los poderes públicos han funcionado dentro de una esfera estrictamente constitucional, y la libertad no ha sido una palabra vacía de sentido, sino una realidad. Nó! No podemos mostrarnos pesimistas sin cometer una grande injusticia. El porvenir está en nuestras manos, y si no lo feriamos nuevamente en descabelladas aventuras, y Dios mediante no sucederá así, Colombia, en plazo relativamente corto, conquistará puesto preeminente entre sus hermanas de América por su riqueza, por su comercio, por su industria, y dará brillo a sus adelantos materiales con su nunca desmentido amor a la ciencia y a las letras.

Ha hecho muy bien el doctor Peña en aprovechar las ocasiones que le presentaba la narración de su viaje, para hacer vívido recuerdo de las hecatombes verificadas en diversos sitios del trayecto, durante nuestras guerras civiles: Garrapata, Humareda, Gamarra, nombres trágicos que aún suenan en los oídos de innumerables colombianos como campana funeral que anuncia la muerte sangrienta de seres queridos; campos de batalla en donde corrió a torrentes sangre juvenil y generosa, sangre que hubiera enriquecido las venas de la patria; sin que quede otro consuelo que el de considerar que fue vertida heroicamente, y no por motivos ruines, sino por el triunfo de principios políticos, por algo ideal, en suma. Pero cuán triste considerar que esos sacrificios, lejos de conducir al fin deseado, sólo sirvieron para empobrecer y debilitar a la patria y para presentarla por el aspecto más siniestro a la consideración de los países extranjeros. El inicuo expoliador de Colombia, en su afán de justificar su inmenso atentado, nunca ha perdido la ocasión de presentarnos como hordas siempre en lucha, indignas de poseer joya tan preciosa como el canal de Panamá. El argumento vale tanto como todos los que suelen exhibir los superhombres adoradores de la fuerza, que a ella confían exclusivamente el logro de sus deseos, por creer que la justicia es diosa que hace tiempo huyó desamparada del mundo. Pero ¿por qué dimos esa horrible ocasión a la iniquidad? ¿Por qué nos acercamos a la boca del monstruo, como diciéndole: "Puedes devorarnos impunemente: estamos inermes; hemos agotado nuestras energías en la tarea impía de desgarrar el seno de la patria?" En cambio han bastado unos cuantos años de evolución pacífica para que se adviertan ya los firmes lineamientos del edificio de la nueva Colombia, el cual, si ha de durar, tiene que seguirse apoyando sobre las sólidas bases de los principios tradicionales que informan la actual estructura constitucional, pero que será bastante amplio para recibir la luz de todos los puntos

del horizonte, para dar cabida a toda aspiración legítima, a toda iniciativa fecunda, a toda idea de verdadero progreso.

Perdónese esta digresión. El libro del doctor Peña no sólo recrea al lector, por la amenidad y gracia con que está escrito, sino que hace pensar. En sus páginas hay indicaciones patrióticas, de evidente utilidad, que no deben pasar inadvertidas. En este y otros puntos tiene parentesco con otro libro de viajes que acaba de publicarse en esta ciudad y que lleva el título de otro de los grandes ríos de Colombia; libro en que el ingeniero don Miguel Triana, al relatarnos su excursión al Meta, revela una vez más la feliz combinación del narrador hábil e ingenioso y del hombre de ciencia, de que había dado pruebas en su importante obra *Por el sur de Colombia*.

Sería un trabajo muy curioso el hacer la bibliografía completa de los libros de viajes relativos a Colombia, desde el relato atribuido al conquistador Jiménez de Quesada y que publicó el erudito Espada en su opúsculo sobre Castellanos, hasta las obras recientes de autores nacionales o de plumas extranjeras. El material es abundantísimo, aunque sean escasas las producciones de gran mérito literario. Entre los libros nacionales, la *Peregrinación de Alpha* sigue ocupando el primer lugar en la estimación de los conocedores, no obstante su fecha ya remota. De los libros extranjeros recientes, los hay escritos con gran displicencia para con el país, como el del francés Serret; en cambio, el del norteamericano Mozans, que se titula *Up the Orinoco and down the Magdalena* (1910), no solamente está muy bien escrito, sino que revela un criterio simpático, un vivo deseo de darse cuenta exacta del país y un conocimiento poco común entre escritores de su lengua, de la historia y de la literatura colombianas.

Pero la perla de estos libros es sin disputa el del malogrado e insigne escritor francés D'Espagnat, *Souvenirs de la Nouvelle Grenade*, obra de un observador

y de un artista que supo descubrir y apreciar aspectos interesantes y matices muy delicados tanto de la naturaleza física como del carácter, de las costumbres, del espíritu nacional y especialmente de la ciudad de Bogotá. Los hijos de esta región le debemos eterna gratitud por el arte con que supo realzar y embellecer cosas desamadas por el *snobismo ridículo*, que hace gala de mirar con lástima todo lo que es nuestro, todo lo que lleva el sello tradicional. D'Espagnat era con la pluma un delicadísimo paisajista, y si la muerte no hubiera cortado tan pronto su carrera, es de creerse que hubiera aprovechado la rica mina de sus recuerdos y apuntes para otros trabajos análogos, en los cuales hubiera dado nuevas pruebas de la simpatía que le inspiraba el país. Su muerte prematura fue, pues, una desgracia para Colombia; como lo ha sido, en otro campo, la temprana desaparición de Jules Mancini, en los precisos momentos en que se disponía a dar cima a su grande obra sobre Bolívar, cuyo primer volumen es un trabajo admirable, concebido y ejecutado de acuerdo con el moderno concepto de la historia, y en el grande estilo de las clásicas obras de Sorel, de Vandal, de Houssaye y de Hanotaux.

Los buenos temas son agradecidos con el escritor que se muestra digno de tratarlos. Tal le ha ocurrido al doctor Peña con el Magdalena. Pocos asuntos pueden interesar más al público colombiano, porque el magno río tiene unido su nombre a todos los grandes hechos de nuestra historia. El vio a Quesada emprender su maravillosa aventura al través de un mundo desconocido, y reflejó en sus aguas la fisonomía grave y caballeresca del fundador de Bogotá; él fue testigo de las inquietudes de Bolívar en los difíciles comienzos de su carrera; lo vio triunfante y lo condujo en su postrero y melancólico viaje. El ha sido mudo espectador de tremendas luchas y ha arrastrado al mar sangrientos despojos; él ha conducido orgulloso sobre sus espaldas, en creciente abundancia, los frutos que cosechan en nuestro

feraz territorio el trabajo y la paz. Bien merece que se le cante, no en los tonos elegíacos que empleaban los ju-  
díos a orillas del río que baña a Babilonia, sino con el entusiasmo que despierta la contemplación de lo sublime y con el brío que demanda la lucha por el progreso.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

### A FRAY CRISTOBAL DE TORRES

¡Cómo cantar tu nombre soberano,  
Con mi acento profano,  
Si a los confines de la eterna gloria  
Ya te llevó la historia,  
Al poderoso empuje de sus alas!  
¡Dame, oh Musa, tus galas,  
Para ataviar mi débil fantasía  
Y con estro solemne, su memoria,  
Llevar por dondequiera,  
Como arrebatada por la negra esfera  
Los torrentes de luz el claro día!

¡Todo es grande en tu seno, Patria mía,  
Grande tu Fe, sublime tu victoria,  
Magno el valor y tu nobleza, grande!  
¿No es por ventura el mismo,  
El brazo que allá un día  
Supo vencer al orgulloso ibero,  
Entre el fragor de horrendo cataclismo,  
Y hoy coloca el primero,  
Sobre el severo pedestal del Ande,  
La figura gloriosa y soberana  
Del español más grande de tu historia?

Como excelsa visión que abatió el vuelo,  
Allí Torres está, meditabundo,  
Bajo la inmensa majestad del cielo,  
Sobre el regazo maternal de un mundo,